



**Víctor
Lapuente**
Inmanencia

AdN

**Víctor
Lapuente**
Inmanencia

AdN

Diseño de colección: Summa Branding

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Víctor Lapuente Giné, 2025

Autor representado por The Ella Sher Literary Agency.

© AdN Editorial (Grupo Anaya, S. A.), 2025

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.AdNovelas.com

ISBN: 979-13-87596-02-6

Depósito legal: M. 11.962-2025

Printed in Spain

Inmanencia:

Cualidad de inmanente. Que es inherente a algún ser o va unido de un modo inseparable a su esencia.

Diccionario de la lengua española
REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

En filosofía y teología, término aplicado, en contraposición a trascendencia, al hecho o condición de estar enteramente dentro de algo (del latín *immanere*, ‘habitar en, permanecer’).

Encyclopedia Britannica

Se dice de una actividad que es inmanente a un agente cuando «permanece» dentro del agente en el sentido de que tiene en el agente su propio fin. El ser inmanente se contrapone, pues, al ser trascendente.

Diccionario de filosofía
FERRATER MORA

*A quienes estuvieron allí: Elisabet, Benjamín,
Blanca y David.
A quienes estarán allá: Vilgot, Alvar,
Antón y Tomás.
Y a quien está aquí: Elena.*

Yo cada vez sentía más asombro ante esta falta de confianza hacia lo sencillo y lo humano, este deseo de sustituir la vida por ideales, el simple calor por el resplandor frío.

La guerra no tiene rostro de mujer

SVETLANA ALEXIÉVICH

1
Martín, verano de 2025

Luz. Pared. Ventana. Sábana azul. Medicamentos. Flores marchitas en la mesa. El aleteo de una bata blanca que se aleja. Todo es familiar, pero desconocido.

No oigo nada y no puedo moverme. Pero veo. No sé cuánto tiempo he permanecido sumergido en la oscuridad viscosa, vagando por galaxias de recuerdos borrosos y miedos nítidos. Quizá horas, años, décadas enteras. Pero ya estoy de nuevo anclado al mundo.

Demasiado anclado. No puedo mover un solo músculo. Un escalofrío recorre mi espinazo. ¿Qué es este lugar? Una habitación. Pequeña, de hospital. A mi derecha distingo las máquinas, las líneas verdes que bailan en un fondo negro. Encima de una repisa hay un caballito naranja de madera. Es un caballo de Dalarna, lo sé porque en Suecia decoran con él todos los hogares. De repente sé que me llamo Martín y poco más. Tiro de la memoria con todas mis fuerzas, pero el pasado se resiste a salir de la negrura.

Lentamente, me llegan recuerdos. Correteo de niño en los amplios prados de Huesca, con los Pirineos recortados en el horizonte norte y el desierto de los Monegros pintarrajeado al sur. Estudio en la biblioteca del instituto de Fraga, con sus frágiles ventanas de aluminio envueltas en la niebla del Cinca. Y en la biblioteca de la Universidad de Oxford, con sus

robustos ventanales de madera rodeados por la bruma del Támesis. Libros, cuadernos para tomar notas, ordenadores fijos y portátiles. Un doctorado en computación y muchas pintas de cerveza en esos decadentes pubs ingleses tan iguales y a la vez tan genuinos. Unos pocos cigarrillos y muchas risas con mis compañeros argentinos, mexicanos, alemanes, italianos, griegos, también algunos británicos, pero pocos, porque los nativos solían ir por su cuenta; bebían y escupían las palabras demasiado rápido para nosotros. Y, por supuesto, españoles. Somos la nación menos patriota del mundo, pero, en cuanto salimos fuera, formamos grupos inseparables y nos desplazamos como un rebaño a todos los sitios. La Spanish Armada nos llamaban.

Ahora me viene a la memoria Irene. Y Barcelona. Van juntos como *horse and carriage*, y como *love and marriage*, pero nosotros no nos hemos casado y no creo que nos casemos. Barcelona. Me llega su olor, a brisa de mar filtrada por los plataneros de las calles. Irene y yo conversamos en su viejo piso de techos altos del Eixample, con las persianas entreabiertas. En ningún lugar la vida parece tan clara como en esas misteriosas viviendas de pasillos largos y habitaciones cortas, nunca iluminadas del todo, ni del todo en sombra; esos castillos medievales levantados por arquitectos burgueses de principios del xx, y que en su origen fueron símbolos del dinero más ostentoso, pero que hoy son cobijo de la cotidianidad más discreta. Un desayuno de café con leche y *croissant* en la cama, una discusión sobre política en el sofá, todo cobra sentido por sí mismo entre los muros mágicos de su apartamento. Nada es prelude de nada. El presente es solo presente.

Irene y yo nos miramos a los ojos. Debe de hacer tiempo de esa imagen que ahora se me proyecta en el espejo tembloroso de una consciencia que aún no es consciente del todo. Hay amor en nuestra mirada, mucho más del que, temo, nos

queda hoy a ambos. Tiene que ser, pues, antes de que empezara mi posdoctorado en Gotemburgo, hace ¿dos, tres años? Antes de que Irene aceptara ese trabajo de profesora de filosofía en una ciudad del extrarradio barcelonés. ¿Cerdanyola? ¿O era Rubí? Antes de que la distancia física, y la ideológica, nos separara. Antes de que ella aceptara este mundo y yo me rebelara contra él.

Pero la cuestión ahora es saber por qué estoy postrado inmóvil en una cama de hospital. Pruebo infructuosamente a moverme de nuevo, pero lo único vivo en mi cuerpo es el corazón, cuyo latido resuena furioso en la caja hueca de mi pecho.

Anna, verano de 2086

Tu corazón retumba más frenético que la propia lluvia, Anna. Y eso que aquí, en las tierras del Norte, los temporales ametrallan sin clemencia balas líquidas que se te incrustan en la piel. Corres. Llevas ya varios días escapando. Huyes de la democracia para ser libre. O eso te dices. A veces vas al galope, delante del grupo; a veces al trote, la última de la procesión de fugados. Y a menudo descansas, pero siempre estás exhausta. No recuerdas cómo era vivir sin esa pesada manta de agotamiento que te aplasta cabeza, nuca y espalda.

Antes de atravesar el gran bosque, pensabas que era verde, como en las viejas fotografías que te enseñaron y que enseñabas en las clases de historia. Pero al avanzar por su interior, esquivando sus gigantescos árboles, has visto que verdes solo son las inalcanzables ramas de los abetos y abedules, que tejen un muro infranqueable para los rayos de sol, pero permeable a las gotas de agua, que ahora te caen por la frente y las mejillas, como si el mundo sudara a través de tu cara. A ras de tierra, todo es marrón. El gelatinoso barro que te atrapa las botas y los gruesos troncos que, desnudos de vegetación, ascienden como columnas infinitas hacia el firmamento. Marrón punteado de gris, por las rocas que en cada estribación del terreno emergen del suelo, como si alguien las empujara desde las profundidades para dificultar tu marcha.

Filas de ordenadas coníferas y montículos de desordenadas piedras. Eso es el gran bosque escandinavo para quienes se meten en sus entrañas, una jungla planificada por duendes diabólicos. De vez en cuando, traspasa una nube de helechos, un vapor esmeralda que anticipa la inminencia de un terreno húmedo y flácido, donde resbalarás a cada paso. Por fortuna, los helechos pueden indicar un arroyo en el que abastecerte de agua potable. Por desgracia, suelen preceder a alguno de los más de cien mil lagos que agujerean esta península en los confines de la tierra, unos lagos de aguas tan calmadas y hermosas como insalubres y llenas de gusanos y serpientes. Su olor fétido es testimonio de que, bajo la paz y la belleza, siempre anida la podredumbre.

Hace más de una semana que iniciaste tu fuga de la República de Occidente. Y hace poco más, dos meses a lo sumo, cuando ultimabas los preparativos en el Café Pustervik. Sonaba una canción de pop neoclásico, compuesta en las últimas décadas de la Edad Capitalista. Hablaba de nostalgia, amor y rosas lanzadas a un Spanish dancer. Rosas. Te preguntabas cómo serán las rosas y si verás alguna en el Nuevo Mundo que te ha prometido el Pastor. Bueno, no te adelantes. Antes tienes que llegar a él.

La canción te llevó a coger instintivamente la mano de Björn, como en tantas ocasiones en aquellos días inciertos. Jornadas dedicadas a planear la escapada con todo detalle, para tener unas mínimas garantías de éxito. Días mirando al futuro, pero con el presente más vivo que nunca. Cada palabra podía ser la última si erais descubiertos. La República premiaría con generosidad a quien dismantelara la evasión de un grupo de personas sanas y en edad de trabajar por el llamado «bien común». ¿Cómo podías saber que ninguno de los ahí reunidos era un judas dispuesto a venderos por treinta monedas de plata? Reportar vuestras intenciones a FRIDA

daría miles de Votos al traidor, suficientes para pasar una temporada en alguna lujosa celda de descanso de la costa. Eso y el orgullo de haber combatido a la contrarrevolucionaria secta que adora a los dos grandes enemigos de la sociedad: la religión y el mercado. Dios y la plata.

Con la lluvia tamborileando un ritmo de *allegro* sobre las hojas de los árboles, te preguntas si ha valido la pena, si es cierto lo que os dijo el Pastor: que en el fiordo tras el gran bosque hay un barco en el que, el día del equinoccio de otoño, podréis embarcar hacia el Nuevo Mundo. ¿Y si os ha engañado? ¿Y si os ha lavado el cerebro como todo buen líder de una secta? No estás segura. No lo sabes y ahora temes que quizás nunca lo sabrás. A ratos, te sientes como el primer padre de la Iglesia, ese de quien tanto os habló el Pastor, el tal Pedro, que negó a Jesús tres veces antes de que el gallo cantara dos veces, para luego arrepentirse al ver a su maestro subiendo al Gólgota, camino de la cruz. Y te dices: «No dudes, Anna». Pero otras veces te sientes como una de esas personas del pasado que se metían en una secta religiosa siguiendo a un falso mesías y que, un buen día, despertaban y se daban cuenta de la estafa. Sabes, y te duele en todos los huesos del alma, que es el dilema inherente a cualquier fe. Lo que no ves puede ser una fuerza liberadora o un fraude esclavizador.

Las dudas y temores que se te acumularon dentro de esa confusa cabecita tuya en las horas previas a la huida se multiplican ahora. Ay, Anna, ¿vale la pena desertar de la única democracia auténtica en toda la historia de la humanidad, el único sistema donde las voces de todas las personas cuentan por igual, la única civilización de la historia que se ha librado de dioses amenazantes, gobernantes tiranos y empresarios explotadores?

El aullido de un animal en la lejanía te rescata de estas elucubraciones y tu mente vuelve a la lluvia y al lodo. Sabéis que

perros salvajes, y también adiestrados, os persiguen. Sabéis que se acercarán y que, tras ellos, vendrán los tiros, como los que alcanzaron a Mikael hace un par de días. El más taciturno de todos vosotros había amanecido aquella mañana jugando a fantasmas con los cuatro niños de la expedición y anocheció, acribillado a balazos, convertido en un fantasma real. Unos cazarrecompensas, no más de dos o tres, abrieron fuego contra vosotros mientras cruzabais un pequeño claro. Todos corrísteis a poneros a cubierto, pero Mikael giró sobre sus pasos para recuperar una mochila con comida. Le visteis caer, pero no hicisteis nada. Los cristianos no fuisteis buenos samaritanos. ¿Acaso no debíais tratar a toda persona que sufre como si fuera Jesús?

Alguien da la orden, os incorporáis y continuáis la marcha. Todo sigue igual.